

Las escamas del dragón. Ana Esteban

Bajo la luz anaranjada de los farolillos colgados en el jardín, el cuerpo de Xiuying resplandecía. Como escamas de dragón, los destellos de las lentejuelas de su ajustado vestido largo se vertían sobre una elegante cola que serpenteaba tras sus indomables pasos. Ese primaveral día cumplía dieciocho años. Sus padres llevaban meses preparando una gran fiesta para presentar en sociedad a su única hija. Todo debía lucir perfecto.

Amor. Le habían puesto todo su amor al evento, sin escatimar en gastos. Aunque les atraía tocar las nubes en el rascacielos más alto de China, el exclusivo hotel Shanghai Tower, al final se decantaron por una celebración más personal. Abrieron las puertas de su villa china de estilo clásico en el prestigioso barrio de Xuhui. En su interior no faltaban salones de reunión, de té o de piano; un perfecto ejemplo de *feng shui* sin cabida para el azar, con un inmenso jardín ornamentado con *ginkgos biloba*, cantos rodados y podas de diseño. El relajante susurro del agua se diseminaba por piscinas, cascadas y estanques con coloridos peces.

La velada transitaba en armonía. Los acordes orientales del cuarteto de viento y cuerda maridaban a la perfección con el desfile de camareros que obsequiaba a los invitados con diminutas delicias y burbujeantes copas. Xiuying lucía exultante. Discreta y educada ante los desconocidos que le presentaban sus padres; jovial e ingeniosa entre sus amigos más íntimos. Un cumpleaños de ensueño endulzado con una magistral tarta, regalos y fuegos artificiales.

Mientras la homenajead se movía divertida en la pista de baile, observó cómo sus padres cuchicheaban en un apartado. Al sentir su mirada, mudaron el gesto en

una forzada sonrisa. Un mal presentimiento quemó la garganta de Xiuying. Su padre la reclamó, radiante y orgulloso. En volandas la condujo hacia un reducido grupo al que también se había unido ya su madre.

—Cariño, te presentamos al matrimonio Liu, él es Chuang, su hijo... —carraspeó—, y tu futuro esposo.

Un joven trajeado avanzó hacia ella. Con una educación impecable la saludó, cordial, inclinando la cabeza. Xiuying le correspondió con una mueca. Sabía que los Liu controlaban empresas poderosas del sector tecnológico. Sintió que sus pulmones se cerraban. La angustia la ahogaba, su corazón se hundía. Aunque conocía de bodas pactadas entre familias de su entorno, nunca pensó que sus padres optarían por aquel futuro ya escrito. Ella ambicionaba salir, explorar el mundo, enamorarse...

De la nada, como en una coreografía sincronizada, apareció un solícito camarero que repartió copas entre los presentes. El acuerdo se selló con un sonado brindis, símbolo de buena fortuna. Sin mediar palabra, Xiuying bajo los ojos y se retiró con paso ligero; no miró atrás. Corrió entre los farolillos y las mesas y no paró hasta dejar de oír el eco de las voces. Entre los setos, en el silencio de la noche, advirtió una luz tenue en la casita de la abuela Hui. Anunció su llegada con un sonoro portazo. Jadeante y rabiosa se arrancó el vestido. A patadas, lo lanzó lejos. Con los brazos cruzados y el fuego rugiéndole en el pecho, la joven se desplomó en el sofá. En el suelo yacían inertes las lentejuelas del traje, opacas, como el corazón del dragón herido.

—Mis padres quieren casarme con un desconocido. No, no, no. Yo quiero... ir a la universidad. Salir de China, estudiar en el extranjero, vivir experiencias...

La anciana abandonó la sala y volvió pasados unos instantes con dos tazas de té de crisantemo junto con el *I Ching*, un manual milenario de sabiduría muy

estimado en la familia. Orientaría a su nieta en la toma de decisiones. El ambiente se impregnó de calma. Acercó a Xiuying el cuenco donde guardaba las tres monedas antiguas. La joven las mezcló entre sus manos con los ojos cerrados. El sonido metálico fue apaciguando lentamente su temblor. Meditó y formuló su pregunta:

—¿Cómo debo afrontar este futuro que me amenaza?

Y lanzó las monedas seis veces, mientras su abuela anotaba cada línea.

—Yin-yang-yin, yin-yang-yin. —La anciana leyó las líneas de abajo arriba señalando el dibujo formado por los dos trigramas—. Agua sobre agua. Hexagrama 29. El abismo. No se trata de evitar el peligro, sino de atravesarlo con claridad interior, sinceridad y constancia. Como el agua, debes fluir sin perder tu esencia.

—Entonces, ¿puedo elegir? —suspiró.

—Siempre has podido. Estabas centrada en tu miedo, no en tu fuerza.

De madrugada, Xiuying se enfundó el vestido y regresó a su casa. A pesar de lo intempestivo de las horas, las luces del gran salón seguían encendidas. Envueltos en una atmósfera tensa, la esperaban los padres; allí también permanecían Chuang y su familia.

—No estoy preparada para un compromiso —anunció honesta y firme. El valor le brotaba dentro, como le había enseñado el *I Ching*—. Quisiera cumplir mis sueños y estudiar en Estados Unidos. Si no me apoyáis, utilizaré el fondo universitario que vosotros mismos habilitasteis el día que nací. Necesito decidir mi destino.

Su madre se llevó una mano al corazón. El padre frunció el ceño.

—Te deseo un camino lleno de felicidad —dijo su prometido, respetuoso.

Xiuying apreció por primera vez la hermosura y nobleza del joven rostro masculino. La fuerza del agua cayó en cascada sobre el abismo y siguió su cauce. En el espejo brillaron las escamas del dragón.